

JUAN INFANTE

ATRAPADO



ere in

ATRAPADO

26

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: noviembre de 2017

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Juan Infante

© EREIN. Donostia 2017

ISBN: 978-84-9109-239-1

D.L.: SS-1152/2017

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JUAN INFANTE

ATRAPADO

erein

Para Carla

PRIMERA PARTE



1. Garrincha

Mi nombre es Tomás Garrincha, como el genio del *dribling*, el jugador de fútbol más querido de Brasil, y llevo en esto del delito desde los veinte años. Acabo de cumplir cuarenta y uno, oficialmente estoy jubilado y ya nada debería hacer fuera de la ley, pero esto no siempre es así.

Cuando cumplí los cuarenta, decidí dejarlo todo. Avisé a mis colegas; mis acólitos y esbirros supieron, con el tiempo suficiente, que se quedaban sin trabajo y, como eran eficientes, todos se colocaron, e incluso dos de ellos siguieron con el negocio de narcóticos ya como independientes.

A través de mi abogado, informé a los distintos cuerpos policiales que operan en el País Vasco y también a la Fiscalía Antidroga de Bizkaia. Se alegraron aunque, a decir verdad, se mostraron escépticos. No quise dar de qué hablar, que vieran que iba en serio y en este último año casi lo he conseguido.

Serían aproximadamente las once de la mañana cuando volví a casa, después de plegar mi caña de pescar a poco más de cien metros de donde vivía, junto a la ría de Bilbao, en el barrio de Olabeaga, cuando oí que cesaba de sonar el teléfono fijo. Miré en mi móvil y, efectivamente, tenía tres llamadas del *Innombrable*. No presagiaba nada bueno, la llamada esperaba.

Soy un forofo de la pesca desde que, con algo menos de diez años, acompañaba a mi padre hasta un lugar junto al puente colgante de Portugalete a pasar horas mirando a la ría, sin que ningún pez se dignara a picar. Pensaba que no había peces y que no era más que una excusa de mi progenitor para no estar en casa. Aun así, siempre me fascinó esa quietud, esa especie de paralización del tiempo y que, como luego comprobé, fue decisiva para triunfar en mi faceta delictiva. Me armó de paciencia y me permitió alejarme de los problemas superfluos. Lejos del gánster inconsciente y pasional, carne de presidio, mi tranquilidad me permitió sortear bien los obstáculos que, de todo tipo, se interponían en mi carrera.

Con la pesca acabé disfrutando, sobre todo devolviendo los peces al agua, a la ría, río o mar, de donde provenían. A esas alturas de mi existencia, era una forma de reconciliarme con la vida, devolviéndosela a unos peces, como si así pudiera compensar aquellas otras con las que había acabado. Bueno, tampoco eran tantas. Mi cinturón tenía nueve muescas y todas menos una eran justas y necesarias.

Estábamos a finales de octubre y la jornada había sido infructuosa, como casi siempre, pero eso era lo de menos. Sabía que para pillar algo tenía que ir al Abra y, para algo más, a pescar con mosca a los ríos trucheros de Cantabria y Asturias. Esto se asemejaba a un deporte y me entregaba a él con pasión. No perdonaba cuando se levantaba la veda y solía competir con buenos resultados. Incluso, una vez al año, un grupo de aficionados organizábamos un viaje a Escocia para pescar salmón.

Siempre me había gustado Olabeaga. Además de por poder pescar y seguir estando en Bilbao, por ese carácter de barrio cercano, húmedo, donde la bruma te lo esconde y lo hace

invisible, como si fuera un recodo del Támesis. La gente era amable y mantenía esa solera que da la continuidad y la ausencia de cambios. Últimamente cierta bohemia se había instalado en él, pero eso lo hacía aún más atractivo.

Encajonado entre la ría y las vías del tren, ahora también bloqueado por el nuevo San Mames, “Noruega”, como también se le conocía, creció junto a los Astilleros de Euskalduna y los barcos bacaladeros que, precisamente, venían de Noruega.

Mi padre había sido trabajador de Altos Hornos de Vizcaya, que se encontraba a unos pocos kilómetros de allí, y nos criamos en Portugalete, junto a la ría; era como volver a la infancia. Ya jubilado, seguía viviendo en la villa jarrillera con mi madre.

Hacía unos tres años, tuve la oportunidad de comprar dos pisos, uno encima de otro, y no me lo pensé. Vivía en un piso vulgar, en el acomodado barrio de Indautxu, que no me decía nada y del que estaba harto. Un día, dando un paseo, vi los dos carteles de “Se vende” y ese mismo día los había comprado. Cada uno de ellos tenía cien metros y eran idénticos. Los uní por una escalera de caracol, que apenas ocupaba espacio. Estaban al comienzo del barrio, justo antes de llegar al bar Carola, y la zona era inmejorable. En el piso de arriba, donde instalé un amplio estudio y el dormitorio principal, tenía un balcón y una pequeña terraza con vistas a la ría. En el de abajo quedaban el salón comedor, la cocina y tres habitaciones para mis hermanos y mis sobrinos, a los que siempre que podía me los traía a casa.

Tengo dos hermanos. María, la pequeña, de treinta y siete años, con tres hijos, María, Mikel y Paula, de ocho, seis y tres años, se acaba de divorciar, y pasa cada vez más tiempo en mis casa con sus hijos, que son casi los míos. Mi otro hermano,

Pablo, de treinta y nueve años, tiene dos hijos: Amaia y Martín, y también me visitan a menudo. Tienen doce y nueve años. Su esposa, Elena, es buena gente.

Ni que decir tiene que sabían a qué me dedicaba y, con discreción, me apoyaron cuando lo necesité. Yo les cuidaba bien y lo agradecían. Cuando les dije que me retiraba, según me confesaron más tarde, fue uno de los mejores días de su vida, siempre pensaron que acabaría en la cárcel y para muchos años.

Teresa, mi novia, ya no estaba en casa cuando entré. Abría la tienda una hora antes y me dejaba el amplio y magnífico piso solo para mí. Volvió a sonar el teléfono y esta vez sí lo cogí. Efectivamente era él y necesitaba verme urgentemente. Le conocía bien y estas urgencias no solían ser caprichosas. Quedamos en media hora en una terraza del paseo que cruza junto al Guggenheim.

El *Innombrable*, como insistía en que le llamara por precaución, se llamaba Aitor Buendía, y le conocí en la cárcel de Nanclares de la Oca cuando cumplía mi segunda condena. En la primera, de cuatro años, tuve suerte y me la suspendieron sustituyéndola por un tratamiento de desintoxicación en Proyecto Hombre; en la segunda tuve que entrar en prisión y cumplí dos años y dos meses, de una condena de seis años. Buena conducta y una oferta de trabajo, me permitieron un tercer grado con control telemático por medio de una pulsera.

Esto fue hace algo más de diez años, y con Aitor hice algo más que una buena amistad. Nos asociamos, o algo parecido, y de esa época son mis mayores éxitos delictivos.

Tomás Garrincha, era muy alto, medía cerca de 1,90, pero parecía más. Quizás su extremada delgadez, su figura

desgarbada, como de mala salud, le componía una figura exagerada. Los ojos eran grises y profundos y el pelo de color castaño, frondoso y ondulado. Tenía un color de piel normal, ni muy claro, ni muy tostado.

El aspecto era de buen chico, pero su rostro se transformaba con facilidad y se le componía un gesto de hombre duro, como si tuviera un cuchillo en la mirada. Entonces daba miedo. Para muchas mujeres era un hombre muy atractivo.

Era soltero, siempre lo había sido, y tampoco tenía descendencia. La suplía con sus cinco sobrinos a los que cuidaba y mimaba. Desde hacía dos años vivía con Teresa Astigarraga, cuatro años más joven, y parecía haber sentado cabeza. Ella fue decisiva para que abandonara sus actividades delictivas. Aunque las conocía, ejercía de contrapeso, trabajando bien sus bazas para que lo dejara. Sin decirle “o lo dejas o te dejo”, porque sabía que Tomás no hubiera aceptado esos términos, supo situarle en la auténtica realidad, que estaba abocada a la cárcel o a que la competencia le metiera dos tiros a la primera de cambio.

Todavía era joven, pero los años de “guerra” habían sido muy intensos y no merecía la pena seguir.

Garrincha estaba cansado y sabía que lo que le decía su novia era verdad. Su patrimonio había crecido mucho, sobre todo en los tres últimos años, y unas reservas de treinta millones de euros le esperaban en las Islas del Gran Caimán. Internet funcionaba muy bien y accedía sin moverse de su casa a la rentabilidad que le proporcionaba esa fortuna. Sus *hobbies* eran modestos y dejaban intactos la mayor parte de los dividendos.

A Teresa le puso una tienda de ropa de moda para mujer. Se movía bien y, a pesar de la crisis que asolaba al sector, no

perdía dinero. A diferencia de las novias de la mayoría de los narcotraficantes, la suya no era una antigua prostituta. Teresa solía presentarle “como el hombre que da de comer a mi gato”, y eso le gustaba a Garrincha, quitaba seriedad a la relación y le dejaba a Teresa el mando.

A Teresa la conoció cuando un día entró en Cortefiel a comprarse una camisa y una corbata. Tenía una boda en Vigo, donde se casaba la hija de un colega de las Rías Bajas. Se dio cuenta que no tenía con qué ir a la boda. Bueno, tenía un traje de otra anterior, la de su hermana María que no se lo había vuelto a poner desde entonces. Pero ni una corbata, ni una camisa de vestir presentable.

Le gustó nada más verla y a ella creo que también. Cuando salió con la camisa y la corbata, sólo pensó en volver con cualquier disculpa.

Y lo hizo al día siguiente con la excusa de que era mejor una camisa azul que una blanca. Teresa se rió, pero esta vez salió con la camisa azul y el número de su teléfono móvil.

El fin de semana siguiente quedaron para cenar y acabaron pasando la noche en el entonces Hotel Sheraton de Bilbao, hoy Meliá.

Teresa acababa de dejar una relación conflictiva con un tipo bastante indeseable y la buena disposición de ambos facilitó las cosas. Ahora que la suya parecía consolidada, su anterior vida de crápula parecía olvidada aunque, su pasado mujeriego, era tan conocido como respetado en la villa. Aún así a veces se dejaba llevar y, sin que su novia se enterara, la armaba.

Aunque estudió para delineante, su afición fueron los ordenadores y era un manitas. Esto le sirvió y mucho, siendo el primero de su mundillo en incorporar medidas de seguridad

con programas informáticos, olvidándose de los teléfonos móviles y comunicándose por Skype y otros sistemas. Eso le permitió sortear a la policía e incluso recibir el reconocimiento de esta. Sus primeras caídas pasaron al olvido.

Su organización fue líder en el tráfico de cocaína, *speed* y pastillas, mantenía una red potente de taxis ilegales y, además, llegó a controlar más de ochenta guardarropas y porteros de pubs y discotecas.

Garrincha fue una institución en el hampa de Bilbao y del norte de España. Sus credenciales se extendían por todo el País Vasco, Navarra, Cantabria y Asturias. Incluso tenía una gran amistad con el ya legendario Jon Ayaramandi¹, el mejor *killer* profesional de toda Francia, ya retirado en su natal País Vasco francés.

En su primer año de asueto, tuvo que cumplir con un encargo del propio Ayaramandi al que no se pudo negar. Le debía una gorda y con esta empataban. Menos mal que el contrato era en Francia, cerca de Burdeos, y no tuvo mayor problema. Era un gánster pero ya sin padrinos, al que ni tan siquiera la gendarmería le dedicó un mínimo de atención. Se prometió que la nueva muesca que marcó en su cinturón sería la última.

Con la policía llevaba teóricamente una coexistencia plácida. No le molestaban, pero sabía que le vigilaban y no se fiaba del todo.

Seguía sin drogarse, llevaba cinco años sin meterse nada y, aunque le costó, fue algo que se lo tomó muy en serio. Proyecto Hombre le sirvió para no pisar la cárcel pero, sobre todo, para dejar la cocaína y recuperar una salud ya muy deteriorada.

1. *Un gramo de odio*, Frantz Delplanque (Alfaguara).

Nunca había fumado y solo mantenía la bebida como vicio reconocible. El tinto y el whisky le acompañaban y no pensaba abandonarlos.

Como tenía mucho tiempo libre, además de la pesca, continuaba con su afición al cine y a Tarantino. Acaba de disfrutar con *Django desencadenado* y volvió a ver por enésima vez *Pulp Fiction*, película que adoraba. También era fan de los hermanos Cohen y de las series policíacas *The Wire* y, sobre todo, *Breaking Bad*, de la que su protagonista, el químico Walter White, era su ídolo.

Su nuevo descubrimiento había sido la novela negra, pero la *hardboiled*, con John Connolly y su Charly Parker, Jeff Lindsay y su Dexter Morgan y Michael Connelly y su Harry Bosch, personajes un poco como él o por lo menos a los que le gustaría parecerse, bueno menos a Dexter, que le divertía pero era un asesino nato.

El paseo desde Olabeaga estaba llegando a su fin y vislumbré en la terraza a Aitor el *Innombrable*, con un vermut y unas olivas. La cara, en consonancia con la conversación telefónica, era de preocupación.

2. Lucía secuestrada

Cuando llegué a la terraza, una ligera brisa barría el suelo llevándose consigo numerosas hojas caídas de los árboles cercanos. Aitor Buendía se levantó bruscamente, como si un resorte le hubiera lanzado hacia mí. Me estrechó la mano con fuerza y, mirando hacia los alrededores para comprobar que nadie nos vigilaba, volvió a sentarse.

El *Innombrable* seguía con sus negocios y, aunque había bajado el ritmo, era uno de los mayores suministradores de *speed* y pastillas de la zona norte. Dos laboratorios de Ámsterdam trabajaban casi en exclusiva para él. Movía mucho y bien, pero estaba convencido que ese no era el motivo de su llamada.

—Garrincha, ¿dónde hostias te has metido? Ya creí que te había pasado algo.

—Estaba pescando y siempre pongo el móvil en silencio, no quiero ahuyentar a los peces, no sabes lo difícil que es que se acerquen. Pero desembucha, que me tienes en ascuas.

—Se trata de Gorostiola. Me ha llamado a primera hora, está abatido, nunca le he encontrado tan derrumbado. Tenemos que ayudarle.

—Pero ¿por qué no me cuentas que ha ocurrido?

—Tienes razón, no sé por qué doy por sentado que ya lo sabes.

—Te escucho.

—Han secuestrado a su hija Lucía.

—¿La que estudiaba Derecho?

—La misma. Tiene diecinueve años y se dirigía esta mañana a clase en la Universidad de Deusto. Eran las ocho y cuarto cuando dos coches la interceptaron en el paseo de Abandoi-barra, junto a la pasarela del padre Arrupe. Se la llevaron sin llamar la atención, en unos pocos segundos.

—¿Lo vio alguien?

—Otros estudiantes, pero los datos son muy confusos. Parece que el coche que se la llevó era un Tuareg y otro, que cerró el paso, un BMW Serie 3. De los secuestradores poca cosa: fuertes, altos y con pasamontañas; parecían jóvenes.

—¿Las matrículas?

–Nadie las recuerda, ni por aproximación. ¡Ah! Y no blandieron armas.

–Todo muy limpio, lógico, no necesitaban más para llevarse a una cría.

–Desde luego. ¿Pero sabes por qué te llamo?

–Me lo imagino. ¿Se trata de Bujanda?

–Eso parece.

Ramiro Martínez Bujanda no tenía nada que ver con los bodegueros de su mismo nombre, aunque, no se sabe muy bien por qué, él se encargaba siempre de aclararlo. Era el eterno rival de Gorostiola, el líder de unos de los más importantes grupos del hampa bilbaína. Les conocía a ambos, aunque era con Bujanda con quien había hecho negocios, y me consideraba su amigo.

Aunque ya apenas le trataba, nuestra mutua estima se mantenía intacta. Durante años fuimos socios en la importación de cocaína peruana, a través de una red gallega que trabajaba para nosotros. El negocio fue muy fructífero y ganamos mucho dinero.

–Garrincha, Gorostiola ha sido muy claro y te reproduzco textualmente lo que me ha dicho: “ha sido obra de Bujanda, estoy convencido, aunque no tengo pruebas, solo él querría golpearme donde más me duele y lo ha conseguido. Es un gran hijo de puta y me la va a pagar, pero ahora tengo que salir de esta. Mi hija no puede sufrir daño alguno”.

No me sorprendió lo que me contaba, no sabía cómo le había puteado, pero algo gordo le habría hecho. Bujanda era temible y no se paraba ante nada. Gorostiola tenía razones para estar acojonado.

–Aitor ¿Qué pinto yo en todo esto?

–Garrincha, no seas ingenuo, de los nuestros eres el más cercano a Bujanda, el más influyente, al único que le puede hacer caso.

–Es que ya no sé si soy de los “nuestros”.

–Por favor, no me vuelvas loco, Gorostiola quiere verte ya.

–¿Cuándo?

–Esta misma tarde. El secuestro le ha pillado en el sur y está en camino.

–¿Tengo otra opción?

–¡Qué cosas dices! Ya sabes que no.

Aunque la hubiera tenido, una hija es una hija, y estaba decidido a echar una mano. Tenía una máxima que siempre me había ido bien: trata a los demás como te gustaría que te tratasen a ti.

–¿A qué hora y dónde?

–Te recojo a las cuatro en la puerta del Hotel Meliá.

–Allí estaré.

–Vete pensando algo, ya sabes qué te va a pedir Gorostiola.

–Que interceda ante Bujanda. Pero sabes cómo es, terco donde los haya, no creo que pueda convencerle.

–Tendrá sus bazas que jugar, ya te las dirá. Además, no creo que Bujanda se haya llevado a la cría por venganza, querrá algo a cambio.

–Y ahí entro yo.

–Probablemente, pero todo son impresiones, a mí no me ha adelantado nada.

–Por cierto, ¿trabajas ahora para Gorostiola?

–Le hago alguna chapuza, pero sigo por mi cuenta.

–¡Je, je, je! Un joven emprendedor.

–No tan joven. Pero si me ha llamado es para que hable contigo, tenlo claro, y porque quiere que le ayudes.

—A las cuatro nos vemos, y os echaré una mano.

Había coincidido poco con Gorostiola, pero justo antes de retirarme, cuando ya me había separado de Aitor, me topé con él en un asunto bastante desagradable. Un transportista gallego, que hacía portes para varios grupos del País Vasco, se estaba quedando con cantidades de cocaína cada vez más importantes, que luego aparecían en el mercado de forma anárquica y sin control. Le avisamos seriamente y él, inconsciente donde los haya, volvió a engañarnos otra vez simulando un robo. Fue tan burdo que acabó confesando. Era una cuestión de principios y no se podía consentir; así no se sostenían los negocios. Esta vez me tocó a mí, y ese desgraciado acabó en la cuneta de una carretera de acceso a Pobeña desde Somorrostro, con dos tiros bien puestos.

La policía supo en todo momento de qué iba el crimen, pero tampoco se esforzó demasiado en conocer quién había apretado el gatillo. Sin embargo, mis colegas del hampa lo sabían y eso aceleró en mí las ganas de dejarlo. Gorostiola sabía que le tenía que ayudar y Bujanda lo entendería. Eran, y nunca mejor dicho, gajes del oficio.

El mes de octubre tocaba a su fin y aún hacía un tiempo estupendo. No me apetecía volver a casa y tenía ganas de dar una vuelta, estirar las piernas y, sobre todo, ordenar ideas. Dentro de unas horas me iban a pedir que me volcara en salvar a una joven y, aunque no tenía nada que ver en su secuestro, sí lo iba a tener en cómo se resolviera.

Decidí hacerle una visita a Teresa, pero me abstendría de adelantarle nada; después de hablar con Gorostiola ya vería. Subí directamente por la rampa del Guggenheim, donde se alojan los conciertos, y me sitúe en la Alameda de Mazarredo. Grupos de guiris se acercaban al museo y componían

una estampa desconocida hasta hace poco. Bilbao nunca fue una ciudad turística y la obra de Frank Gehry había conseguido, junto a la urbanización de los alrededores de la ría, con paseos y edificios singulares, una presencia constante de turistas que la animaban y la hacían más atractiva.

Me acerqué hasta las Torres de Izosaki y desde allí tomé la calle Ercilla. Aunque podía haber seguido por la misma calle, me desvié por Obispo Orueta y pasé por el edificio de la Diputación, que fue del Banco Urquijo y antes la sede de Explosivos Río Tinto, desde donde don Horacio Echevarrieta dirigió una de las mayores multinacionales de la época.

Era uno de los edificios que más me gustaba de Bilbao, con su estilo colonial tan difícil de ver aquí. Siempre que podía entraba y me quedaba disfrutando de su patio, con sus balaustradas y ornamentos, de una sencillez aplastante.

Esta vez pasé de largo, pero seguí su fachada sin perderme nada. Siempre me habían llamado la atención las historias de Echevarrieta, me admiraba su fortuna —que le permitió pagar de su bolsillo el rescate de los miles de soldados españoles secuestrados por Abd el-Krim, ante un gobierno que no tenía dinero. Él fue un republicano consecuente, y no aceptó el título nobiliario de duque del Rescate que Alfonso XIII le ofreció.

Continuando por la calle Ercilla, enseguida llegué a la tienda de Teresa, que se llamaba Coco Palmer, y no sabía muy bien por qué. Debía ser una cantante o actriz americana de color y sonaba muy bien. Una serie de marcas rompedoras a precios razonables conseguían atraer una clientela que crecía. La tranquilidad económica que yo le prestaba le permitía dedicarse a hacerlo bien, sin la angustia de tener que seguir la cuenta de resultados.

Teresa era una mujer guapa, alta y robusta, con muslos anchos de cabaretera, pero que, en cuanto empezaba a hablar, se transformaba en una mujer sensible y educada. La verdad es que no podía creer en la suerte que tenía, pero es que ella, por otras razones, también estaba encantada.

–Tomás ¡pero qué sorpresa! ¿Problemas? –Teresa, con su intuición, sabía que aquella visita no era casual.

–No me digas que no puedo visitarte sin que haya problemas.

–Hummmm, ya me contarás. ¿Qué tal la pesca?

–Como siempre, nada de nada.

–¡Ja, ja, ja! Me admira tu insistencia sabiendo que no vas a pescar nada.

–Ya sabes que me relaja. Te invito a comer, ¿aceptas?

–¿Cómo no voy aceptar? –Teresa, mirando a la puerta para comprobar que nadie entraba, le dio un beso, que Tomás aceptó con agrado.

–Te espero en el Serantes y voy pidiendo algo de marisco.

–Perfecto. Acuérdate que abro a las cuatro.

–Yo también tengo que estar en el Meliá a las cuatro. Nos da tiempo.

Garrincha se dirigió hacia el Restaurante y, cambiando de opinión, decidió contarle a su novia la llamada y el lío en el que se iba a meter. Era mejor así; si al final se lo iba a decir, para qué esperar. Teresa tenía la virtud de la concreción y del sentido común, cosa que para él, mucho más disperso, era de gran valor. Además conocía bien su pasado y le ayudaría.

Una botella de verdejo Marqués de Riscal bien frío y una ración de quisquillones esperaban a Teresa cuando se sentó a la mesa.

Le conté la llamada y la reunión con el colega. Conocía de oídas a los tres implicados y no le gustaban nada, pero se abstuvo de hacer ningún comentario sobre ellos. Simplemente me dijo.

—Tomás ahora ya no haces nada ilegal y estás muy bien así. Debes negarte a implicarte en cualquier actividad delictiva. Eso no te lo pueden exigir. Sé firme, otra cosa es que intercedas o utilices tus buenos oficios con Bujanda, pero sabiendo la línea que no debes pasar.

—Estoy de acuerdo, el problema puede surgir si aparezco como un intermediario o un representante de alguno de los bandos. Por ahí puedo tener problemas. O con la pasma o con ellos.

—Está claro, tienes que plantarte desde el principio y fijar hasta donde va a llegar tu ayuda. No tienes nada que ver con el secuestro, ni ya con ninguno de ellos.

—Pero saben cosas y me tienen pillado. Si quieren joderme, saben cómo hacerlo.

—No veo para qué van a sacar asuntos antiguos que no vienen al caso.

—Para presionarme y colabore.

—Eso se llama chantaje.

—¿Y?

—Vamos a ver, habla con Bujanda si tienes que hacerlo, persuádele, pero no pases de ahí, es lo único que te pido. Por cierto, no me has dicho el motivo del secuestro.

—Me lo dirán luego, no lo sé, aunque intuyo algo.

—Muy grave tiene que ser.

—Para que secuestren a la hija de Gorostiola tiene que serlo.

—Vamos, que le ha hecho un putadón a Bujanda de los gordos. Seguro.

–Cada vez me gusta menos.

Para cuando nos dimos cuenta, la lubina que siguió a los quisquillones y los percebes estaba ya finiquitada y la hora se nos echaba encima. No perdoné un whisky con hielo, mientras le prometía a Teresa que no me involucraría en nada ilegal.

A pesar de la promesa, conocía a mis antiguos compinches y sabía que mi margen de maniobra sería muy limitado. Vería qué podía hacer.

3. Gorostiola

En la puerta del Hotel Meliá esperaba puntual la llegada de Aitor Buendía. Un Audi 5 impecable de color oscuro se paró allí mismo. Lo conducía el propio Aitor e iba solo, pero no tuve que esmerarme demasiado para comprobar que, en un Volkswagen Passat, había dos ocupantes mal encarados que le protegían.

–¿Preparado?

–Por supuesto. ¿Nos espera Gorostiola?

–Sí, en su casa, en La Bilbaína.

–Estará a tope de prensa y polis.

–Hay una entrada por detrás del chalet que está despejada.

La pasma ya se ha ido.

–Espero que así sea, no creo que interese que nos vean juntos.

–Tres padrinos unidos por una buena causa.

–Menos coña.

No habían transcurrido quince minutos, cuando tomábamos la desviación en Artebakarra, para entrar en la urbanización. A lo lejos vimos un coche de la Ertzaintza estacionado

junto a la puerta de un chalet, que más bien parecía un palacio. También había cámaras de televisión y periodistas.

Pasamos de largo y bordeamos un majestuoso seto que cercaba la parcela. Justo en un callejón sin salida, que daba a otro chalet, se encontraba una puerta oculta tras unas enredaderas copiosas, que se abrió desde dentro y pudimos pasar sin que nadie se diera cuenta.

A pocos metros de donde estábamos se encontraba el campo de golf, y algunas bolas desviadas acababan entrando en la parcela. Se encontraban apiladas en una esquina y componían una montaña a modo de escultura.

Se trataba de un chalet de construcción reciente, pretencioso, inmenso, a medio camino entre un colegio mayor y un tanatorio. Pero se notaba que allí había mucho dinero metido, mucho lujo y mucha seguridad. Tanto el Audi como el Passat se quedaron aparcados en la zona trasera, preparada con gravilla para aparcar automóviles. No era el garaje, cuya entrada se veía desde allí, sino un lugar para los coches de los invitados. Además, estaba el Jaguar de Gorostiola con su chófer preparado y un Mercedes sin chofer. Dos guardaespaldas que conocía de vista —uno había trabajado para mí—, mantenían una actitud vigilante, con semblante grave y como esperando instrucciones.

Entramos en la casa por la puerta de atrás, junto al *office* y la cocina. Una señora con su uniforme de trabajo nos llevó hasta el estudio de Gorostiola, que se encontraba en un lateral del chalet, donde entraba bien la luz, pero cuyas vistas se perdían en un seto inmenso que cubría un muro grande de piedra.

Cuando yo empecé, Gorostiola ya era un hombre asentado y con poder en el tráfico de drogas.

Pronto le conocí, era todo una referencia en el narcotráfico bilbaíno y te lo encontrabas sin querer.

Hicimos algún negocio juntos, pero sobre todo nos respetamos. Al final tuve aquel “incidente” con el transportista y desde entonces no había vuelto a saber de él.

La veteranía, no tocar nunca la droga y una buena organización, le habían evitado muchos problemas con la justicia y con la policía.

Su vida personal había estado en segundo lugar, siempre detrás de los negocios, y aunque desde fuera parecía que todo le sonreía, era un hombre abrumado y estresado, pensando que cualquier día acabaría pillado y encarcelado para el resto de su vida.

Pero como le gustaba decir, no sabía hacer otra cosa. Cuando perdió a su esposa hacía seis años por un cáncer de pulmón, su actividad se retrajo y su vida acusó la soledad con la que empezó a encontrarse.

Lucía era su única hija, tenía entonces catorce años y aunque nunca había estado muy unida a su padre, Gorostiola, hombre de pensamiento muy tradicional, pensaba que era su obligación velar porque su hija se educara y creciera en las mejores condiciones.

Aún así la chica creció sola y su padre siempre fue para ella un extraño. La ausencia de su madre la suplió como pudo y sus primos cubrían a duras penas sus necesidades afectivas.

Estaba convencido que el secuestro de Lucía tenía que haberle supuesto una afrenta tremenda y sabía que podía derribarle.

Gorostiola se levantó para saludarnos, mientras nos presentaba a su abogado Urrutia, muy conocido en el sector, y

a su lugarteniente, el duque de Ahumada, apodo ganado a pulso por su aversión a los picoletos.

Una botella de White Label, prácticamente vacía, y una cubitera ya sin hielos, confirmaban el estado de desánimo que cundía en los presentes. Solo Urrutia, con su traje impecable y con aspecto de no haber probado una gota, mantenía la compostura. A Gorostiola, además, se le notaba que le había dado a la farlopa, y el duque de Ahumada, bien por el whisky o por la coca, también se encontraba inusualmente alterado.

—Gracias por venir, Garrincha. ¿Ya te has enterado?

—Sí, me lo ha contado Aitor. Lo siento.

—¿Te imaginas quién ha sido?

—Tú me dirás.

En ese momento sonó el teléfono fijo con gran estruendo, como si hubieran subido el tono del sonido para que no se les pasara cogerlo. Gorostiola, con rapidez, se puso el auricular a la oreja.

—De acuerdo, me mantenéis informado.

—¿Es Félix? —preguntó el duque de Ahumada.

—Sí, Bujanda no está en su casa y nadie le ha visto desde ayer por la mañana.

—¿Pensáis que ha sido él? —pregunté directamente.

—Sí, estamos convencidos, solo ha podido ser su gente —contestó con rapidez Gorostiola, como queriendo atajar cualquier duda.

—Un secuestro para pedir dinero es una hipótesis que, por principio, no se debe rechazar, pero la forma de hacerlo es muy profesional y sinceramente con la de chicas que hay con padres con mucha pasta, secuestrar a Lucía me parece tal insensatez que si los secuestradores estiman en algo su vida ni se les puede pasar por la cabeza —añadió el abogado Urrutia.